

LOS PEQUEÑOS, HERMANOS DE JESÚS

Mateo 25, 31-46

Si el seguidor de Jesús es aquel que se va empapando de los mismos sentimientos del Maestro, entonces será necesario pedirle que me haga comprender y sentir mejor cómo este texto puede cambiar mi vida.

La escena se sitúa al final de los tiempos, cuando la verdad se nos manifestará con todo su esplendor. Será como un espejo, nos veremos tal como hemos sido y vivido, sin posibilidad de engaño ni de truco.

En el hombre encontramos a Dios

Jesús se sirve de la imagen del pastor que, al llegar la noche, separa a las ovejas de las cabras para protegerlas de éstas. Y como el pastor que las conoce bien, así también el Señor separa a la humanidad.

¿En qué criterio se basa? En la cercanía o lejanía que hayan tenido hacia los hermanos, y, de entre ellos, hacia los más insignificantes.

La relación del hombre con Dios se verifica en la relación que tiene el hombre con sus semejantes. Así, se da, por una parte, una desacralización de Dios mismo: a Él no podemos encerrarlo en lugares, espacios o tiempos. Y, por otra parte, se da una sacralización del ser humano: a Dios lo encontramos, de una manera privilegiada, en el ser humano.

Los hermanos insignificantes

Hay una identificación de Jesús con los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los harapientos, los enfermos y los encarcelados.

Si miramos a nuestra sociedad, es fácil distinguir ciudadanos de primera y segunda categoría. Se valora a las personas por su poder adquisitivo: es más quien más tiene. Se crean así los "insignificantes".

¿Quiénes son estos hermanos insignificantes hoy día? Todos aquellos que quedan al margen de la vida y de la sociedad, todos aquellos que han perdido el tren del progreso y del bienestar, que son excluidos de la sociedad, que, en términos de pro-

ducción, son nulos o casi nulos. Los que se "limpian" de las calles para mejorar el aspecto de la ciudad, que se les encierra para que la sociedad esté segura. Aquellos que nos indignan la comida cuando salen en las imágenes televisivas... Aquellos a quienes nos hemos acostumbrado tanto a verlos que provocan en nosotros la indiferencia más completa y total.

Esto, es evidente, choca con el proyecto de Dios. Para Él cada ser humano es un tesoro único e irrepetible. Así, por amor, Él se identifica con la "escoria" de la sociedad y en ellos le encontramos.

Nuestro hogar

En la escena encontramos dos actitudes: la del que hace el bien y practica la justicia con los hermanos, y la del que no lo hace. No hay posiciones intermedias.

Miremos nuestro mundo, nuestra sociedad. ¿Dónde me encuentro yo? ¿Entre los que ponen su vida al servicio de los demás y luchan por una sociedad de iguales, o entre los que no comprenden, los que están tan ciegos como el sacerdote y el levita de la parábola del Samaritano?

"Señor, ¿cuando no te he visto?"

¿Cuándo he sentido la presencia de Dios pobre, desnudo, encarcelado, inmigrante y me ha conmovido?

¿Y cuándo, en cambio, ante esta misma presencia, he dado la espalda, he justificado mi postura, he hecho valer mis derechos porque quizás era un riesgo excesivo para mí mismo y mi posición?

A veces, queremos ver a Dios donde nos resulta más cómodo y no donde verdaderamente está, porque, ponerse en el camino de los últimos, es cambiar de estilo de vida, de valores. Podemos decir, que hay un antes y un después.

Desde aquí, se puede comprender ahora de una manera diferente el sentido de lavar los pies a los últimos. Y felices seremos nosotros si lo hacemos así.

Mt 25,31-46

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?"

Y él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo."

E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.»